El punto blanco de la pantalla negra

A Mara le entregaron el telescopio que nadie quería mirar. No era el principal de la estación, el que enviaba imágenes con colores imposibles y nombres brillantes. Era una unidad de mantenimiento, pequeña y obstinada, que observaba campos oscuros para comprobar si los sensores seguían siendo honestos después de cada reparación.

—Si te muestra algo hermoso, desconfía primero de la pantalla —le dijo Sen, el responsable de turno—. Luego, si sigue allí, desconfía un poco menos.

Mara llevaba dos semanas en la misión de observación de la plataforma Ancla. Hacía guardias nocturnas, anotaba temperaturas y aprendía a distinguir el ruido electrónico de lo que quizá venía del cielo. Aquella noche el catálogo marcaba vacío en el campo asignado: ninguna fuente conocida lo bastante luminosa como para destacar sobre el fondo. Era justo lo que necesitaban para medir la oscuridad instrumental.

La primera imagen apareció poco después de las dos. Sobre la pantalla negra, cerca del centro, ardía un punto blanco perfecto.

Mara no celebró nada. Midió su posición, revisó las estrellas de referencia de los extremos y abrió el registro bruto. El punto no era redondo como las pocas fuentes que el telescopio podía resolver: ocupaba una sola casilla limpia, sin halo alrededor. En la hoja de guardia escribió: «Observación uno. Campo vacío de referencia. Punto blanco en una casilla. Origen sin determinar».

Sen, que ya se había quitado las botas, apareció en el umbral.

—¿Una estrella nueva?

—Una pantalla muy convencida de que la hay.

El telescopio había recibido una actualización de compensación dos días antes. Cuando ciertos valores del detector quedaban por debajo de una señal de prueba, el programa reconstruía una casilla para que los operadores pudieran reconocer en el visor dónde faltaba una lectura fiable. Esa casilla debía mostrarse en gris. El código de color, pensó Mara, podía estar equivocado.

No podía demostrarlo con una sola imagen. Ordenó un giro controlado del telescopio alrededor de su eje de visión, sin cambiar el campo del cielo al que apuntaba. Las estrellas de referencia pasarían a otras casillas del detector, aunque seguirían ocupando los mismos lugares celestes. Era una comparación sencilla: separar la cuadrícula de la máquina de la noche que observaba.

Mientras los motores terminaban el giro, Mara pensó en un vecino de su infancia que encontraba rostros en las manchas de humedad del techo. Había aprendido a no

burlarse de él: a veces solo se ve una figura porque ya se sabe dónde buscarla. Apartó la mirada del centro de la pantalla hasta que llegó la nueva exposición.

La segunda imagen tenía otro aspecto. Los puntos de referencia se habían desplazado dentro del marco según el giro previsto. El blanco, en cambio, aparecía en otra posición del visor de mantenimiento: una casilla de compensación que el programa había recalculado al rotar su cuadrícula virtual. No seguía las coordenadas del cielo. Lo que parecía un astro era un defecto de representación, no una luz exterior.

Mara escribió en el registro: «Observación dos. Giro de orientación. El punto blanco cambia de coordenadas instrumentales; su supuesto lugar celeste no permanece fijo».

Sen dio media vuelta hacia la puerta.

—Entonces no tenemos noticia.

—Todavía no he comparado el fondo.

Al restar las dos imágenes, Mara encontró algo que no había notado en la primera. A poca distancia del punto blanco, en un lugar que ambos visores asignaban a la misma región del cielo, había una alteración débil: no una estrella dibujada con claridad, sino unos pocos valores por encima de la oscuridad habitual. En la segunda toma parecían distintos de los de la primera, aun después de descontar el giro. Era un cambio demasiado pequeño para celebrarlo y demasiado ordenado para borrarlo sin más.

—Eso podría ser el calor del sensor —dijo Sen al regresar—. O una sombra de la propia compensación.

—También podría venir de fuera —respondió Mara—. No tenemos aún una prueba que separe esas posibilidades.

Quedaban dieciocho minutos de tiempo de observación. Sen le ofreció repetir la imagen a la misma orientación, pero Mara pidió una tercera prueba: mover el encuadre unos pocos píxeles y tomar, además, una lectura de fondo con el obturador cerrado. Si la señal débil pertenecía al cielo, debía aparecer en el lugar celeste correspondiente aunque cayera sobre otras casillas del detector. Si era un error fijo del instrumento, seguiría la estructura interna de la máquina o las correcciones aplicadas a su pantalla.

La estación consumió los minutos sin ceremonia. Un ventilador empezó a rozar algo dentro de la pared. Sen se quedó apoyado en la mesa, sin dar consejos. Mara dejó preparado un campo de notas con tres renglones, uno por observación, pero no escribió la palabra descubrimiento en ninguno.

La tercera imagen llegó con un pequeño retraso. La casilla blanca seguía comportándose como una señal de mantenimiento: la calibración permitió identificar el valor reconstruido y el registro del programa confirmó que una etiqueta de color se había

perdido durante la actualización. En el archivo técnico quedaban la posición y el defecto, exactamente como correspondía.

La región débil se comportó de otro modo. No siguió la casilla artificial. Una leve diferencia volvió a registrarse cerca de la misma posición del cielo, ahora sobre otros elementos del detector. Sin embargo, al comparar su intensidad con la lectura de fondo, Mara descubrió que la incertidumbre era casi tan grande como el cambio. Una fuga de luz, un error térmico o una fuente realmente variable seguían siendo explicaciones posibles.

En la hoja anotó: «Observación tres. Desplazamiento corto del encuadre. Defecto de compensación identificado. Variación débil en coordenadas celestes, no concluyente».

Sen leyó el texto.

—Podríamos ponerlo en el informe de novedades. Al menos diríamos que hay un candidato.

Mara miró la pantalla, donde las estrellas de referencia parecían indiferentes al cansancio de los operadores.

—Si lo llamamos candidato sin medir mejor el fondo, los demás empezarán a buscar lo que hemos dicho que existe. Necesito que alguien repita la observación sin mirar nuestra imagen antes.

No lo dijo con superioridad. Entendía la tentación: para una aprendiz, un punto blanco en una pantalla negra podía ser un comienzo magnífico. Pero también sabía cuánto tiempo perdían los equipos siguiendo una palabra colocada antes que la evidencia.

Guardó el defecto en el registro de mantenimiento, adjuntó las tres imágenes brutas y abrió una solicitud de tiempo de observación: otro giro, otra noche, una cámara independiente si quedaba disponible. Separó en dos carpetas el problema resuelto y la pregunta abierta. No mezcló ambos fenómenos en una sola figura bonita.

A las tres de la mañana, Sen volvió a ponerse las botas.

—Entonces, ¿qué viste?

Mara apagó el visor de colores y dejó encendida la tabla de medidas.

—Vi un píxel que mentía con mucha seguridad —dijo—. Y una diferencia pequeña que todavía no sé si cuenta la verdad.

En la pantalla ya no había una estrella blanca. Había una fila de números, una petición pendiente y un lugar oscuro del cielo al que nadie había dado nombre. Por primera vez en toda la guardia, a Mara le pareció una vista suficiente.